

NIETZSCHE: UN BREVE ACERCAMIENTO HACIA SU FACETA MUSICAL.

MATAMORO, B., *Nietzsche y la música*, Madrid, Fórcola, 2015, 158 pp.

Se hace necesario un mayor acercamiento a cómo Nietzsche entendió y pensó sobre el plano musical, pues es una temática que no dejó huérfana. De hecho el propio Friedrich llegó a decir de sí mismo, no sin un desmesurado y exacerbado ego, posiblemente contagiado por la figura de Wagner, que «quizá no haya habido otro filósofo más musical que yo, con tal grado y tal fundamento»¹. A pesar de que estas palabras puedan resultar un tanto fruto de la improvisación y sin peso objetivo, ya que si uno se fija en el pasado cuasireciente al alemán, puede encontrar la figura de Rousseau, filósofo que tiene en su haber varias obras de temática musical (*Lettre sur la musique française, Ensayo sobre el origen del lenguaje...*), además de firmar los artículos musicales incluidos en la Enciclopedia, también fue enarbolado como estandarte de uno de los bandos en la Querelle des Bouffons, inventor de un tipo de notación musical (el cual no tuvo éxito) y compositor de varias óperas, entre las cuales la de mayor fama fue *Las muses galantes*. Pero, sin embargo, y a pesar de lo poco cercana a la realidad que pudiera llegar a ser la anterior afirmación de Nietzsche, sí que es cierto que, tal y como afirma Matamoro, la música se convirtió en un foco de vital atención para su pensamiento, y, por lo tanto, debería representar el sostén para una lectura «responsable» de su obra.

No es la primera vez que el veterano autor argentino Blas Matamoro intenta desentrañar la relación de un escritor con el mundo musical; de hecho, entre sus últimos ensayos destacan *Marcel Proust y la música* (2008) y *Thomas Mann y la música* (2009). Pero también es cierto que ninguno de ellos vivió ni pensó sobre ese mundo tan profundamente como Nietzsche, a

pesar de que no le dedicara expresamente una monografía sistemática al hecho musical, sino que sus sentencias se hallan regadas a lo largo y ancho de su obra, resultando una tarea ardua el trabajo de recopilación y de lectura entre líneas que ha debido realizar el escritor argentino en este breve y ameno ensayo, en el que no desglosa el pensamiento estético del filósofo, pues, como él mismo dice, el pensador de Röcken no planteó una estética propia, sino que fue dando indicios judicativos sobre las ajenas. Blas Matamoro, con este ensayo de 158 páginas, nos presenta la peculiar, e incluso a veces contradictoria, relación que Nietzsche mantuvo con la música, y la posible huella que esta hubiera podido imprimir en su pensamiento y vida. Y es que no fue poca la importancia que el alemán le otorgó a la esfera musical, tal y como dejó constancia para la posteridad en su celeberrima y manida frase, que, obviamente, abre la presente obra: «La vida sin la música sería un error, una fatiga, un exilio»². Matamoro constata esta importancia de la música en el impulso vital de Nietzsche, y la califica como el hilo rojo con el que el pensador logró aunar el cúmulo de inquietudes que profesó a lo largo de su carrera intelectual: la filología, la poesía, la filosofía y la composición. Rüdiger Safranski, uno de los más agudos lectores del alemán, también hace hincapié en ese peso de la música sobre el pensamiento nietzscheano, al observar que esta fue para Friedrich el verdadero mundo y lo abismal. Esa definición como *das Ungeheuer*, lo monstruoso, lo informe, lo inmenso, lo imponente, lo que desborda cualquier límite y no puede acotarse con formas definidas, lo abismal, condensa, para Safranski, toda la filosofía de Nietzsche. Se trata de una noción imprecisa, pero, precisamente por ello, es la que mejor se ajusta a la naturaleza del ser: una marea desbordante cuyo flujo y reflujo dibuja un movimiento interminable. La esencia de esta corriente, que solo retrocede para volver con más fuerza, se identifica con el espíritu de la música,

¹ Extracto de una carta de 1887 a Herman Levi. Citado por MATAMORO, B., *Nietzsche y la música*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 147.

² Extracto de una carta del 15 de enero de 1888 a Heinrich Köselitz, alias Peter Gast. Citado por MATAMORO, B. *op. cit.*, p. 7.



tratándose entonces, no de una manifestación estética, sino de un programa filosófico, en el que se componga música por medio del lenguaje, pues entiende que una visión del mundo que no se exprese como un canto, solo nos proporcionará una imagen momificada de lo real. El hombre que conoce la ley del devenir ya no construye teorías, sino que danza enloquecido.

Matamoro también se hace eco de esta relación entre la música y el lenguaje que busca Nietzsche, y le dedica un capítulo a tal acontecimiento: «La música y la palabra», en el que nos presenta dos diferencias que se necesitan y complementan para llegar a ser. Con la finalidad de hacer visible esta tesis, el autor argentino se remite a un texto de Nietzsche de 1873: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. En él ve cómo Friedrich expone que las palabras no simbolizan las cosas sino sus representaciones, y no lo hacen cosa a cosa sino generalizando, porque hay menos palabras que cosas. Se pregunta entonces si existe concordancia entre las palabras y las cosas y si es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades; a lo que llega a responder que las palabras nos allegan analogías entre objetos semejantes y diferentes, parecidos y distintos. La música, en cambio, sí tiene acceso al noúmeno porque es una cosa en sí, representación y realidad de sí misma, pero ese fundido la hace irracional. Las palabras no conceden acceso a la Verdad absoluta, inequívoca; pero por medio del cuerpo que baila y canta puede imitar su capacidad conformadora en la obra de arte. Por ello, tanto quien escriba como quien lea debe bailar. A Nietzsche hay que solfearlo, afirma Matamoro, y en esta aseveración reside una de sus intuiciones más originales: a Nietzsche hay que leerlo como si fuera música, degustar sus ritmos, modulaciones y disonancias sin necesidad de resolverlas.

Hay que recordar cómo su Zarathustra caminaba como bailando. Desde que bajó de su retiro de la montaña, danzó trasladándose de un lugar a otro propagando la palabra, y cuando no lo hacía, cantaba de noche. Este énfasis en el baile y el canto no es más que aquella potenciación de lo corporal y vital que existe en su teoría; y es que, para él, todo pasaba por el cuerpo: el sentimiento, el saber, el placer, el dolor, la muerte. Todo se

in-corpora, marcando así su desigualdad. Este modo de actuar nietzscheano a través de una filosofía musical entendida como gaja ciencia, como saber alegre, nos cura de aquella ciencia triste que clásicamente ha sido la filosofía. Friedrich, a través de una alegría trágica, trata de curar al filósofo aquejado de ese mal: el malentendido del cuerpo, para que pueda bailar y repensarlo todo. Pues, para él, lo característico humano, más que la ciencia, la religión, la moral o la filosofía, era el arte, la facultad de conformar, de dar forma al hermoso engaño del mundo. Un modo de pensar como ese marca el retorno a la infancia, a la emoción de los descubrimientos y las primicias, el juego del niño frente al trabajo de los adultos. Un ludismo hermoso e inocente. No entendió entonces la labor del filósofo como la del sabio clásico, sino como la de todo artista, como la de un tentador [*Versuchung* (tentación), que proviene de *suchen* (buscar) y de *versuchen* (intentar, ensayar)], que es depositario tanto de un saber, como de la capacidad para enseñarlo.

Además de un breve repaso sobre el pensamiento del alemán, y siempre con la música como escenario, Matamoro nos introduce en algunas peculiaridades de la agitada vida del pensador. Para ello, trae a escena a un gran número de personalidades con las que Nietzsche mantuvo ciertas relaciones, de las cuales la edición añade cuadros y fotografías. En el núcleo de dicha pasarela histórica sobresalen dos grandes personajes, a cuál más polémico: en primer lugar, por todo lo que implicó en Friedrich a nivel personal, vital, intelectual y musical, la figura de Wagner, y, en segundo, la de Schopenhauer, eso sí, recomendada inicialmente a instancias del primero, pues su obra *Mundo como voluntad y representación* se había convertido, tal y como dejó indicado Richard, en su libro de cabecera. Ambos, Wagner y Schopenhauer, constituyeron los dos pilares sobre los que Nietzsche edificó su «filosofía de la música». Matamoro fue consciente de esto y, no en vano, les reservó, tras un prefacio y una introducción biográfica, los primeros capítulos de su ensayo. Sin embargo, sus vivencias con Wagner, marcadas por una relación de amor-odio, dejaron una huella más profundamente en las impresiones de Nietzsche sobre la música. Razón por la que, seguramente,





Matamoro le concedió dos de los capítulos del libro. Aunque, sin embargo, su amenazante sombra no se deja sentir únicamente en sendas partes del libro, sino que se hace notar entre las líneas de cada una de las páginas que conforman esta obra, y así lo resalta el índice onomástico con que se cierra el escrito. En el primero de los capítulos dedicados al compositor: «¡Viva Wagner!», se estudia la relación de idolatría, la faceta de Richard como «mentor» de nuestro protagonista, y de su música como el revivir de ese impulso vital y físico que trasciende la dimensión verbal y temporal. Sin embargo, ese fervor mudó pronto en desilusión. Si el Tristán le había entusiasmado, sus siguientes dramas musicales determinaron una progresiva inversión de esa tendencia que, primero, llevó a una ruptura, para pasar a convertirse, más tarde, en un odio visceral. De este cambio de faceta en la relación Nietzsche-Wagner se hace eco el segundo de los capítulos dedicados al compositor: «¡Muera Wagner!». En él, y tal como se puede intuir por su beligerante título, se muestra cómo y por qué la situación entre el músico y el filósofo cambió drásticamente. En él se puede observar la contraposición que estableció Nietzsche entre la imagen de Wagner y la de Bizet, sobre todo con su ópera *Carmen*, que tanta huella había dejado en él, y en cuya música vio la encarnación de la ligereza, la sensualidad, la fisicidad y la inmediatez. La luz del Mediterráneo contra las brumas del Norte, lo corpóreo contra lo razonable. Wagner se había convertido en una enfermedad que contaminaba

todo cuanto tocaba, cuyo antídoto lo encontró en *Carmen* de Bizet. Respecto a Schopenhauer, su pensamiento musical fue retomado y llevado un escalón más allá en *El nacimiento de la tragedia*, donde vincula la música con el origen de lo trágico y la expresión de lo dionisiaco, el impulso vital y físico que trasciende la dimensión verbal y temporal, además del pensamiento analítico, para fomentar la regresión del individuo al Uno primordial y su disolución en el devenir cíclico de la Naturaleza.

El estilo de Matamoro es ágil y cercano, y aunque peque en algunos momentos de parquedad, en otros se muestra revelador, lo que dota a este trabajo de un gran interés tanto para primeros exploradores como para conocedores avezados de la obra del alemán. Este ensayo, aun siendo sencillo y estando abierto a cualquier nuevo lector en la figura de Nietzsche y profano musical, sí que podría llegar a ser disfrutado, en mayor medida, por una persona conocedora de algunos detalles centrales del pensamiento del filósofo, pues de ese modo podría rellenar algunas de las lagunas que, obviamente, han quedado en un trabajo que requería una mayor magnitud y número de páginas. De este modo, la obra adquiere una mayor relevancia, cuanto más pudiera implicarse el lector en el propio desarrollo del texto, ya fuera tanto para contrastar opiniones, como para ampliarlas.

Saturnino EXPÓSITO REYES
Universidad de la Laguna